

José Sancho: el arte redime

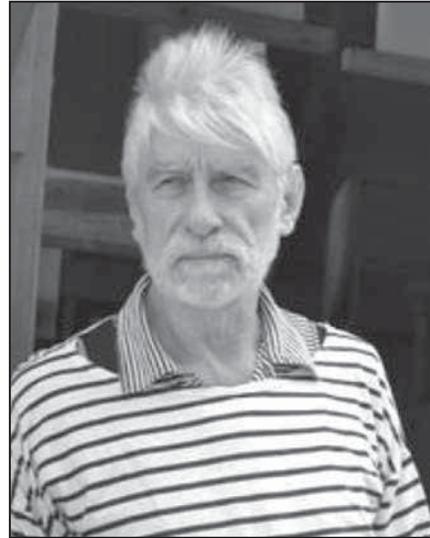
Suplemento Cultural n.º 115;
setiembre-octubre 2015

José Sancho cumplió ochenta años. La mitad de su vida la ha dedicado a la escultura. El Suplemento Cultural conversó con él en su casa-taller en Escazú, y estas son sus palabras.

I

En abril de este año ajusté ocho décadas de mi vida; de ellas, la mitad las he dedicado a la escultura; las otras, las primeras cuatro, las dediqué a otros menesteres.

A mí, desde la infancia me gustó el trabajo manual, la carpintería y, en la adolescencia, el dibujo, pero por razones



existenciales, sobre todo las circunstancias en las que vivía, cuando vine a estudiar a la universidad escogí ciencias económicas; después hice un posgrado en Italia y luego trabajé como economista varios años en Guatemala y un año en Washington. Claro que siempre cuando estuve en esos lugares me dediqué muchísimo a ver obras de arte, especialmente esculturas, porque a mí siempre la escultura me llamó la atención, pero nunca, durante esas cuatro décadas, había acariciado ni de forma lejana que podría llegar a ser escultor. Era, sobre todo, un hombre sensible al arte plástico y los trabajos manuales.

En los últimos años de mi estancia en Guatemala tuve la oportunidad de tener en casa

mi propio taller de carpintería para hacer mobiliario para la casa, y ya de regreso a Costa Rica construimos la casa en donde nos instalamos y donde mis hijos pasaron su adolescencia, y ahí también tenía un taller similar que fue la base para empezar a jugar, experimentar e intentar con elementos encontrados para armarlos y hacer ensambles y esculturas.

Comencé a hacer juguetes y animalística con objetos encontrados y chatarra hace cuarenta años, y durante todo este tiempo he estado trabajando ya como escultor a tiempo completo con varios materiales, la piedra, el mármol, la madera, el acero, un poco de bronce y, siempre, objetos encontrados.

Si vemos en perspectiva lo que ha sido mi trabajo en estos cuarenta años, nos damos cuenta de que yo siempre he hecho lo mismo; no hay etapas, ni fases, ni estadios, sino que yo sigo haciendo exactamente lo mismo que hice al principio: comencé haciendo animales con objetos encontrados, y luego he hecho también torsos femeninos, que es otro de los temas principales de mi trabajo, en una especie de vaivén; a veces voy para atrás, hago animales que ya había hecho, pero más estilizados, más abstractos, y a veces no uso solo objetos encontrados, sino que voy a la ferretería y compro

unos completamente nuevos, como hice con mi obra hecha con machetes. Para el mármol voy a Carrara, en Italia, que es la capital mundial del mármol, porque ahí cuento con talleres, ayudantes y maquinaria y, ya en los últimos años, estoy haciendo unas figuras monumentales en acero que evocan el crecimiento vegetativo y que yo llamo arboriformes, para lo cual me apoya un taller metalmecánico que trabaja en función de mis planes, mis maquetas y mis especificaciones. Ya se han colocado algunas en parques o universidades. Todo mi trabajo en estos cuarenta años, entonces, ha sido heterogéneo y producido en vaivenes.

II

Ahora, el asunto es ¿cómo fue esa decisión de pasar de la economía al arte? Yo digo que no fue una decisión, sino un impulso que venía de lo más profundo, y que desencadenó lo que para mí era una especie de vocación, de manera de ser. El paso de la vida de economista a la de escultor fue, para mí, una revolución, que también podemos llamarla cataclismo, terremoto o como se quiera llamar, pero para mí, en mi ser, para mi naturaleza, para mi forma de pensar y de convivir surgió otro ser humano, completamente diferente, con una concepción del mundo totalmente distinta a la que tenía.



En años anteriores había estado trabajando para el Mercado Común Centroamericano en proyectos de inversión y análisis financiero, y luego como asesor para empresas privadas haciendo análisis de mercado, proyectos de inversión y estudios de factibilidad. Ahí tenía que tener una concepción totalmente distinta de la vida. Era un burgués acomodado, un profesional reconocido que viajaba a otras partes del mundo, solo o con la familia, trabajando mucho porque a mí siempre me ha gustado trabajar, y eso lo hacía con gusto y yo creo que lo hacía bien, aunque sabía, aunque no fuera de manera muy precisa, que no había nacido para eso. Siempre tenía por ahí la idea de que yo podría llegar a ser otra cosa. Pintaba por *hobby*, como un aficionado, los fines de semana, y por ahí fue como fui resolviendo paulatinamente mi manera de concebir el mundo.

Yo estoy claro en que el arte redime; en la medida en la que el artista exprese lo suyo por su propia convicción, por su propia manera de ser, por su propia naturaleza, con medios distintos a los del lenguaje común y corriente, en este caso el de las artes plásticas, el arte es redentor, porque logra, como fue mi caso, escabullirnos de los condicionamientos de la cultura que es enajenante, y en tanto tal violenta, porque hace que el ser

humano haga lo que otros quieren, lo que otros han pensado, lo que los otros necesitan, y no nos deja actuar de acuerdo a nuestra propia naturaleza. Mi cambio, pues, fue revolucionario, pero afortunadamente no muy violento, porque logré empalmar lo que venía haciendo con lo que empezaba a hacer.

Cuando empecé con la animalística hecha con piezas de deshecho no había un mercado para lo que yo hacía, con ella no podía mantener a mi familia con tres hijos adolescentes; pero ya después de unos cinco años pude pasar a dedicarme solo a la escultura. No es que lo decidí, no es que quise, sino que yo ya no pude seguir haciendo lo que hacía antes. Ya no podía sentarme en un escritorio con un teléfono, una calculadora, documentos, análisis, estadísticas y estudios, y dedicarme a hacer proyecciones. Ya no podía hacer eso. Fue duro ese tiempo porque había que tener dinero para lo básico en la familia y no había plata, pero ya después vinieron las exposiciones y los reconocimientos.

III

En ese tiempo fue determinante para mi nueva opción de vida la creación del Ministerio de Cultura, porque con él en el país hubo un cambio



Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
Sin Derivadas 3.0 Costa Rica.

muy importante en cuanto a la comprensión y la apreciación del arte y el desarrollo de la sensibilidad; se crearon salas, museos y a mí me tocó desde el principio y hasta hoy recibir el apoyo de las instituciones estatales, incluyendo las universidades, que ha sido esencial.

El otro apoyo fundamental fue la familia, especialmente mis hijos; ellos me estimularon, me acompañaron, aunque pasamos años de vacas flacas, pero los pasamos luchando. Tanto me apoyaron que en los últimos años esos mismos hijos míos han creado una fundación para la conservación del patrimonio artístico que he venido generando en estos años y que está en mi casa, en el jardín, en la galería, y que yo no quiero que se venda, quiero que se mantenga. Es una colección importante que es propiedad ahora de la fundación. Mis hijos publicaron un catálogo de la colección y están otorgando becas para formación de nuevos escultores. Este año una estudiante avanzada de escultura está yendo al estudio de Carrara donde yo trabajo. Esto lo hacen mis hijos porque creen en mi trabajo y lo apoyan.

Yo tengo que reconocer, con mucha gratitud, que he gozado del apoyo estatal. Mi primera exposición nació de una idea del Ministerio de

Cultura, que me permitió mostrar lo que estaba haciendo en el Museo Nacional. Luego he expuesto en el Museo de Arte Costarricense, en los Museos del Banco de Costa Rica, en la Plaza de la Cultura y en instituciones como las universidades, que me han apoyado pagando el costo de los materiales, mientras yo regalo mi trabajo. Hay, pues, instituciones del estado que me han apoyado, y eso ha pasado con otros artistas. Cuando yo comencé no se podía vivir del arte, pero desde hace unos años hay artistas que sí lo pueden hacer e incluso algunos viven muy bien y su obra ha salido del país. El Ministerio de Cultura ha contribuido fundamentalmente a esta apertura y sensibilización respecto al arte. Hay un mundo antes del ministerio y otro después de él: es lo que dio un apoyo definitivo y contundente a las artes. El impulso que dio este creó raíces y constituyó bases muy fuertes, de tal magnitud que hoy por hoy los artistas ya pueden desarrollarse sin su apoyo paternal. Esa fuerza ya no se puede parar, aunque el ministerio ya no haga, eventualmente, el mismo papel que antes.

IV

Ese apoyo del ministerio se dio en un país en el que la escultura tiene una larguísima tradición. En este mismo



territorio donde está hoy Costa Rica se dio, desde tiempos precolombinos, un desarrollo muy importante de la escultura. Hay obras de talla de esa época que han sido muy importantes. Y luego ha habido escultores como Juan Ramón Bonilla que fue nuestro primer escultor, o Francisco Zúñiga, escultor de talla universal que expuso en los más importantes museos del mundo, y que venía de una familia de imagineros; luego hay escultores como Juan Rafael Chacón o Juan Ramón Sánchez, que fue mi maestro más importante aquí en Costa Rica. Hoy en día hay escultores y escultoras muy importantes, como Leda Astorga o Marisel Jiménez, de las que solo doy sus nombres como ejemplo, pero hay muchas más. Hay una tradición que se ha fortalecido y sigue creciendo.

V

Ahora, por los años, ya no tengo la misma energía, la misma vitalidad; ya no estoy envuelto en aquel frenesí que me hacía trabajar día y noche. Esa gran pasión ya no la tengo, pero sigo trabajando porque es una necesidad existencial. El gran motor de mi trabajo fue y sigue siendo Juan Manuel Sánchez. Fue profesor mío en la secundaria y me influyó desde el punto de vista formal y simbólico. Cuando empecé a trabajar en

escultura yo lo visitaba a menudo para conversar, y un día se me ocurrió decirle «mire, Juan Manuel, yo quisiera hacer esculturas como las que usted hace», y el respondió en voz muy alta: «No importa, siempre que las haga mejor».

La otra presencia que sigue presente hasta hoy es mi lugar de origen, Puntarenas, su atmósfera, el paisaje, la naturaleza, su gente, los ocasos de la punta, que son los más bellos que yo he visto en mi vida; en mi infancia, pasaba las horas sentado a la vera del estero viendo las bandadas de pelícanos y fragatas, los cardúmenes, los garrobos, los peces que subían y bajaban. Ahí nació mi amor por la naturaleza, especialmente por la fauna marina.

Hoy ya no tengo preocupaciones, yo lo que hago es hacer mis esculturas como me broten, porque yo no hago un trabajo de concepción, ni trabajo previo, por lo que seguirán saliendo y, mientras pueda manejar las herramientas, seguiré trabajando. Cuando ya no pueda lo dejaré, pero no pienso en eso y sigo trabajando.

Mi casa es hoy un lugar importante para mi trabajo creativo. Es una casa de madera pequeña que tiene un jardín escultórico y un taller que hoy es galería. Antes ahí hacía las



obras grandes, pero ahora las hago en Italia en donde hay maquinaria y ayudantes profesionales. En la casita en la que vivo tengo obras de otros artistas. Las he obtenido por canje con ellos.

Para mí el lugar donde se crea debe coincidir o reflejar las necesidades de quien lo va haciendo poco a poco. Este mundito, que es mi morada-taller, es una especie de islita, una especie de cueva para vivir casi como ermitaño. Me gusta mucho el ascetismo, estar

aislado, oír música para concentrarme en mi trabajo. Ese es un mundo particular que se construye.

Soy un ser humano permanentemente disconforme conmigo mismo; toda la vida, desde la infancia, he sido así. Pero tampoco se puede decir que sea insatisfecho. Estoy satisfecho de haber creado un espacio que me permite trabajar mi disconformidad a través de una permanente búsqueda.

